

EL DEBER DE LAS HIJAS



BEATRIZ GALINDO

WENDY J. DUNN

**EL DEBER
DE LAS HIJAS**

Libros de
seda

Le dedico esta novela a mi primogénito, mi adorado hijo, James. Estoy muy orgullosa y feliz de verte recorrer el mismo camino que yo comencé hace muchos años. Espero que descubras lo que yo he aprendido: que enseñar es un verdadero privilegio y una vocación, donde nuestros estudiantes nos enseñan más de lo que nosotros podemos enseñarles a ellos.

«Los que saben, hacen.
Los que entienden, enseñan».

ARISTÓTELES

ERUDITA

*Sostengo los libros
que me encontraron.
Esta noche, los apoyo
sobre mis rodillas
uno por uno; cada uno
ofreciendo
una lección que debo absorber a tiempo.
La lluvia habla de días como esos,
de luz tenue,
con solo mi ingenio como guía.
Ningún logro de atractivo,
ni de feminidad, me ayudará aquí.
De puntillas recorro estos pasillos,
una silenciosa depredadora en las sombras,
de pisada ligera, astucia afilada,
y desafío pícaro; les mostraré
de qué es capaz una mujer de mente indomable.*

ELOISE FAICHNEY, 2016

(Una vez mi alumna y ahora mi querida amiga,
Eloise: me llena de alegría verte alzar el vuelo).

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar, o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

MIGUEL DE CERVANTES
Don Quijote de la Mancha

FIGURAS HISTÓRICAS

LISTA DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES USADOS DE MANERA FICTICIA EN ESTA NOVELA, PERO INSPIRADOS EN LA HISTORIA.

BEATRIZ GALINDO (CA. 1465-1534)

Hace algunos años descubrí en una nota al pie de página de un ensayo sobre Isabel de Castilla a esta mujer fascinante, conocida como «la Latina». Experta en latín, poetisa y tan instruida en medicina, retórica y en la filosofía de Aristóteles que llegó a impartir estas materias en la Universidad de Salamanca. Beatriz también fue amiga y consejera de la reina Isabel, además de esposa y madre. Es otra de tantas mujeres olvidadas por la historia —y una que sin duda merece ser recordada—. Espero que pueda perdonarme las licencias que me he tomado al recrear su historia en estas páginas, pero si con ello logro despertar el interés de alguien por conocerla mejor, me daré por satisfecha. Beatriz fue alumna de Antonio de Nebrija, erudito del Renacimiento, conocido por haber escrito una de las primeras gramáticas de una lengua romance.

FRANCISCO RAMÍREZ DE MADRID (CA. 1445–1501)

Conocido como «el Artillero» en la guerra de Granada. Esposo de Beatriz Galindo, Francisco Ramírez murió durante la toma de la villa de Lanjarón (Granada), en el contexto de la rebelión de las Alpujarras.

CRISTÓBAL COLÓN (CA. 1451–20 DE MAYO 1506)

Se cree que nació en la República de Génova, que hoy forma parte de Italia. Es ampliamente conocido por el descubrimiento de América.

ISABEL I DE CASTILLA (1451–1504)

Isabel gobernó Castilla desde el año 1474 al 1504. Mi reconstrucción imaginaria de Isabel se basa en las siguientes obras: *Isabel la Católica* (Peggy K. Liss); e *Isabel of Spain: The Catholic Queen* (Warren H. Carroll).

FERNANDO II DE ARAGÓN (1452–1516)

Fernando, padre de Catalina, fue uno de los gobernantes que Nicolás Maquiavelo utilizó en *El Príncipe* como ejemplo a seguir para otros monarcas. Astuto como un zorro y hábil político, empleó todo lo que tuvo a su alcance, incluso a su propia familia, para alcanzar sus objetivos. Esto influyó en mi imaginación a la hora de crear su personaje. Maquiavelo escribió: «... siempre usó la religión como pretexto para emprender grandes proyectos, y dedicó su vida con piadosa crueldad a expulsar y limpiar su reino de la presencia de los moros; no podría haber ejemplo más admirable ni personaje más singular» (Maquiavelo, 1532).

SUS HIJOS

Isabel (1470–1498)

Juan, príncipe de Asturias (1478–1497)

Juana (1479–1555)

María (1482–1517)

Catalina de Aragón, posteriormente reina consorte de Inglaterra (1485–1536)

MARÍA DE SALINAS, pariente de Catalina de Aragón (ca. 1490 –1539). Sus padres fueron doña Josefa González de Salas y don Martín de Salinas.

AHMED, hijo de Boabdil, rey de Granada

DOÑA ELVIRA MANUEL

FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS

FRAY HERNANDO DE TALAVERA (1428 – 1507), confesor y consejero de la reina.

ALFONSO DE PORTUGAL

MARGARITA DE AUSTRIA

MANUEL I DE PORTUGAL

CAPÍTULO 1

«Sigue tu estrella y nunca fallarás en encontrar un glorioso puerto», me dijo.

DANTE ALIGHIERI

Burgos, 1490



Doña Beatriz Galindo contuvo el aliento y se acomodó el hábito. Sacudió ligeramente la cabeza al notar las manchas de tinta —en forma de huellas dactilares— esparcidas por la parte delantera de su vestido verde. Suspiró. «Ya es tarde para mirarme al espejo».

—La reina me ha hecho llamar —le dijo al guardia solitario apostado a la entrada de los aposentos que la reina Isabel le había asignado durante su breve estancia en Burgos. El joven hidalgo se irguió y golpeó una vez la puerta con el regatón de su alabarda, sin apartar la mirada de la pared blanca y desnuda frente a él. La puerta se abrió y, desde la rendija, se asomó una sirvienta, que observó a doña Beatriz y le hizo un gesto para que entrara.

Aunque ya había amanecido hacía horas, la reina yacía en el lecho, apoyada sobre unos grandes almohadones. Aún vestía su camisa blanca de dormir, y un manto rojo le caía sobre los hombros, ribeteado con bordados en hilo de oro que representaban su emblema de flechas. Una toca blanca y transparente le cubría la cabeza por delante, mientras una gruesa trenza color caoba le caía sobre un hombro.

La princesa Isabel —título que ostentaba como hija mayor de la reina y nombre que le habían dado su madre y su abuela— estaba sentada en una silla junto a su madre, haciendo girar una rueca. Su cabello rojizo dorado, recogido y envuelto en un tocado color crema cruzado con rayas negras, enmarcaba una sonrisa ladeada, nacida de la frustración, que hizo que se le dibujaran unos hoyuelos en las mejillas antes de dejar caer el huso en la cesta a sus pies con todos los demás. Asintió a doña Beatriz con una leve sonrisa.

—Buenos días, Latina —murmuró, usando el apodo que la reina le había dado a doña Beatriz. Esta escondió los dedos manchados a la espalda y le hizo una reverencia en señal de reconocimiento.

Irguiéndose, doña Beatriz fijó la vista en los tapices de la cama, colgados tras la reina Isabel. En ellos, un Hércules desnudo forcejeaba con un león dorado y gigantesco, cuyo garrote yacía caído a un lado. Al volver la mirada hacia su reina, contuvo una sonrisa y bajó la vista, fingiendo poco interés en Hércules, especialmente en uno representado en toda su virilidad.

La reina Isabel mantenía equilibrado el atril sobre el regazo, rasgando el pergamino con la pluma, escribiendo con rapidez y soltura. Una pila de documentos reposaba a su lado; uno, abierto y marcado con el sello del rey, coronaba el resto. A doña Beatriz se le hizo un nudo en el estómago, y no solo por preocupación. Cerró los ojos e inspiró hondo. «Soy libre; siempre lo soy mientras el rey se halle lejos. Dios me libre de que sean malas nuevas sobre la guerra santa de la reina». El nudo en su vientre se convirtió en un fuego inextinguible. «¿Guerra santa? Jesús... cuánto detesto llamar así a una guerra. Dios quiera tan solo que guarde a mi amado con vida».

Casi dejó escapar una risa; don Francisco Ramírez, uno de los oficiales de artillería más importantes al servicio del rey, el hombre a quien Beatriz amaba y con quien había prometido casarse, no aspiraba a estar seguro, sino a vivir la vida en su plenitud. Era una de las muchas cosas que había hecho que se enamorara de él. Mientras aguardaba para oír el motivo por el que la habían hecho llamar, paseó la mirada por la espaciosa alcoba, mientras en su mente componía la carta que le escribiría esa noche a su amado:

Mi amor, sin ti mis días se hacen eternos...

No, no podía escribir eso. Sería mentir. Sus días estaban llenos: la mayoría de las mañanas las dedicaba a enseñar a las muchachas, para luego entregarse en las largas tardes libres a sus propios estudios. Echaba de menos a Francisco, pero aun así vivía una vida plena sin él, más plena que cuando él estaba en la corte.

¿Qué debía escribirle entonces? No podía confesarle que odiaba la guerra santa. Jamás llamaría «santa» a una guerra que consistía en aplastar cualquier atisbo de esperanza de alcanzar una nueva edad dorada, en la que judíos, moros y cristianos conviviesen en paz. Francisco era un erudito, sí, pero también un hombre que usaba sus conocimientos para ganar la guerra. A ella, en cambio, la habían educado para lo contrario: no expresar lo que sentía de verdad, para preservar sus libertades. ¿Sería capaz de contarle la alegría que le producía enseñar a la infanta Catalina y a su compañera María de Salinas? Desde hacía seis meses le habían confiado la completa responsabilidad de su educación. Miró a la reina. Seguro que estaría satisfecha con el progreso de la infanta.

Como si al pensarlo hubiera manifestado sus preguntas en voz alta, la reina le dijo:

—Deseo hablaros de mi hija menor. —Con un gesto de la mano señaló un taburete cercano—. Por favor, sentaos.

La reina dejó a un lado la pluma y apartó los documentos. Alzó la mirada, mostrando unos ojos enrojecidos e hinchados. Una costra amarillenta le cubría las pestañas largas y espesas.

Sentada en el taburete, Beatriz contempló a la reina con preocupación. Si no mejoraba para el día siguiente, le prepararía un remedio de leche tibia con miel para los ojos, aun a riesgo de volver a enojar a esos necios que se hacían llamar médicos de la reina.

—¿Sí, mi reina? —murmuró.

—Decidme, ¿cómo halláis a mi Catalina y a nuestra pequeña prima María?

Beatriz suspiró, más tranquila. No era más que otra llamada para saber del progreso de la infanta en sus lecciones.

—Ambas son buenas estudiantes, mi reina —respondió con una sonrisa—. La infanta Catalina es una erudita nata. Disfruta del estudio, aun cuando la materia es difícil, pero eso no me sorprende: vuestra hija es muy inteligente, como su augusta madre. María también es una

niña despierta. Un poco más lenta que la infanta, pero ya ha comenzado a leer libros sencillos en nuestro idioma, así como en latín. El método de tener dos libros, uno en latín y otro en castellano, colocados uno junto al otro, está dando muy buenos resultados. —Se irguió y levantó la cabeza—. Ese fue el método con el que me instruyeron cuando yo tenía la misma edad que la infanta.

La reina cruzó una mirada con su hija, que permanecía atenta.

—Me ha alegrado ver lo mucho que mi Catalina, mi dulce chiquitina, disfruta sus mañanas bajo vuestra tutela —celebró la reina Isabel, dando toquecitos con los dedos por unos momentos—. Latina, creo que las infantas Juana y María pueden ser confiadas a otros tutores, pues ya les habéis proporcionado una buena base en latín y filosofía. No obstante, deseo que seáis la principal tutora de Catalina y, por supuesto, también de su compañera María. —Haciendo girar distraídamente el anillo en su dedo hinchado, añadió—: Un día, mi Catalina se convertirá en reina de Inglaterra. No será menester sencillo; no en un reino asolado por la inestabilidad durante tantos años. Quiero asegurarme de que mi hija esté lo mejor preparada posible, pero requiero de vuestra ayuda. ¿Puedo contar con vos para que permanezcáis con nosotras y enseñéis a Catalina cuanto deba saber sobre la historia de Inglaterra, sus costumbres y sus leyes?

—Mi reina, por supuesto... —comenzó la Latina, pero se detuvo al ver que la reina alzaba la mano.

—Pensadlo bien antes de comprometeros. Estáis prometida. ¿Qué ocurrirá cuando os caséis y, si Dios quiere, seáis bendecida con hijos? Estamos hablando de una obligación que podría durar hasta diez años, y no solo como tutora de mi hija, sino también como su dama de compañía.

Beatriz le sonrió a la reina Isabel y contestó:

—Don Francisco y yo somos vuestros leales servidores. Cuando llegue el momento, haremos lo que sea necesario por nuestro matrimonio y nuestros hijos, pero os confieso que mi verdadera vida está aquí y como tutora en la Universidad de Salamanca. Me honra que desee que continúe desempeñando ese papel para la infanta. Y, si me es encomendada la formación de vuestra hija, ahora y en el porvenir..., mi reina, no hay palabras suficientes para expresar lo que ello significa para mí.



«Luz. Cuánta luz». Doña Beatriz Galindo regresó hacia la biblioteca bañada en luz, y no solo por la que entraba a través de los altos arcos del alcázar real, sino también por aquella que irradiaba la vida misma. Antes de que las sombras la envolvieran de nuevo, cruzó bajo un arco abierto que conducía a un jardín, donde el agua brotaba de una fuente y destellaba como si estuviera hecha de diamantes; la luz y el agua pintaban un arcoíris sobre las blancas y altas paredes de piedra.

Doña Beatriz se detuvo en el arco, recogiendo el hábito para no tropezar, y escudriñó el entorno antes de adentrarse en el jardín. Tomó asiento en un banco de piedra y contempló cuanto la rodeaba.

Al final del verano, la belleza y la fealdad pugnaban por imponerse. La mayoría de las flores habían entregado ya su simiente; incluso las rosas mejor cuidadas agachaban la cabeza, esparciendo sobre la tierra reseca y agrietada —por días de calor implacable— sus marchitos pétalos carmesí y hojas en todas las tonalidades de marrón. La vida transcurría deprisa: una estación agonizaba para dar paso al renacer de la siguiente.

Doña Beatriz cerró los ojos por un momento e inclinó el rostro hacia el sol. «Dios todopoderoso, tengo tanto por lo que dar gracias... y siempre estaré agradecida por lo que me ha sido concedido». Luego pensó en lo compleja que era aquella gratitud, pues había nacido del dolor y de la pérdida.

Una sombra se abatió sobre ella. Abrió los ojos, aliviada al ver a su mejor amiga, Josefa de Salinas, sonriéndole desde lo alto.

—Sois dichosa, doña Beatriz, por contar con tiempo para disfrutar del día. Yo, en cambio, voy de camino a ver a la reina —dijo Josefa, con una ligera risa—. Mi prima real me ha hecho llamar para que borde los dobladillos y cuellos de sus nuevas camisas. A veces desearía que mi madre no me hubiera instruido tan bien en el arte de la aguja; tal vez así sería como vos, amiga mía, y tendría la libertad de pasar las mañanas en el jardín.

La toca blanca y de tela transparente de Josefa ondeó con la brisa, rozándole las mejillas. Un punzante presentimiento oprimió a Beatriz. La cara de su amiga se veía demasiado pálida y demacrada. Las profundas oquedades bajo sus prominentes pómulos parecían marcas de fuertes pulgares que hubieran magullado su delicada piel. El hábito negro, que

se agitaba con el viento, dejó entrever la hinchazón de su vientre y una joya en forma de vieira, hecha de oro, que recogía los extremos de la toca sobre la pechera del vestido. No le hizo falta recurrir a sus conocimientos de medicina ni de comadrona para comprender que el embarazo de Josefa estaba siendo complicado. Tragó saliva, pensando en qué podría hacer para ayudarla. Disimulando su ansiedad, esbozó una sonrisa antes de dirigirse a su amiga:

—Estaba pensando en mi madre.

Tomando asiento junto a ella, Josefa preguntó:

—¿No murió cuando erais apenas una niña?

—Sí. Tenía tres años cuando la peste negra se la llevó. Mi padre jamás se perdonó no haber podido evitarle una muerte tan atroz. Creo que en su día os conté que él era un erudito muy renombrado en medicina, respetado en toda Castilla; y aun así, de nada sirvieron sus conocimientos en aquel entonces. Solo pensaba en lo distinta que habría sido mi vida si mi madre hubiese sobrevivido. Tal fue el pesar de mi padre que nunca volvió a casarse. No le importó siquiera que yo fuese su única hija. Halló consuelo enseñándome.

Josefa se rio:

—Y así fue como acabó con un prodigio en sus manos.

—¿Prodigio? —repitió doña Beatriz, encogiéndose de hombros antes de responder—: No estoy segura de haberlo sido jamás. Más bien fui una niña con una gran pasión por los libros y el saber. Tenía doce años cuando el mejor amigo de mi padre, Antonio de Nebrija, me acogió bajo su tutela. Aquello cambió mi destino: de ingresar en una orden religiosa pasé a convertirme en una maestra de latín respetada en la universidad. Tan respetada que la propia reina Isabel me hizo llamar a los veinte años para que le enseñara a leer y escribir en latín. En estos últimos años he hallado una plenitud verdadera, y más aún; no solo como maestra en Salamanca, sino también como tutora de los hijos de su majestad —concluyó, alzando la mirada para observar cómo los pétalos de una rosa caían al suelo.

«Sí. La muerte no solo destruyó la vida que tenía entonces; también plantó las semillas de la vida que tengo ahora. La vida que estaba destinada a vivir». Se negó a detenerse para contemplar las consecuencias que a veces le habían supuesto tomar ese camino.

—Sí, ya me habéis contado esta historia antes. Pero ¿qué os ha hecho recordarla hoy?

—Hoy reboso de alegría —confesó doña Beatriz—. La reina desea que siga en palacio como tutora de su hija menor... y de la vuestra.

Josefa alzó las cejas oscuras y sonrió con picardía:

—Vaya, ¿así que soy la primera en saberlo?

Beatriz la miró de reojo.

—¿Os molesta?

—¿Y acaso importa si me molesta o no? Ni Martín ni yo pudimos negarnos a su majestad cuando nos pidió que María creciera junto a su hija, como su compañera. Fue un gran honor para la familia, y todos vimos cuánto la quería la joven infanta. Al fin y al cabo, somos parientes cercanos de la reina. Debo aceptar con buen ánimo que mi hija comparta la misma educación que la hija de su majestad.

Josefa dirigió una mirada hacia el arco que conducía al edificio, antes de concluir:

—Aunque me encantaría quedarme charlando con vos bajo el sol, temo que debo marcharme si quiero tener alguna esperanza de terminar al menos una de las camisas de la reina antes de que el calor se vuelva insoportable.

Sacudiéndose las arrugas del hábito, se incorporó y echó a andar hacia el pasillo bañado por la luz.

—Estoy segura de que nos veremos pronto —se despidió saludándola por encima del hombro.

Doña Beatriz la siguió con la mirada. Permaneció un rato sentada, complacida de tener por única compañía sus pensamientos, agradecida de que aquel jardín soleado no estuviese ligado a ningún recuerdo amargo. Finalmente, soltó un suspiro, se levantó del banco y se encaminó hacia la biblioteca. Al llegar a la puerta, oyó voces infantiles dentro. Se deslizó hasta una alcoba que la ocultaba de la vista, pero desde donde podía observar la sala.

Catalina y María estaban absortas en un libro abierto sobre el regazo de la segunda. Sentadas frente a la ventana, la luz del sol les bañaba los cabellos: el rubio de Catalina ardía con destellos rojizos, mientras que el negro de María parecía cubierto por un velo de brillo suave. Aun con apenas cinco años, ambas trataban con mimo sus preciados libros. «Pero

¿dónde está doña Teresa Manrique? Debería estar aquí». Una mujer de corazón tierno, doña Teresa solía llevar en los bolsillos un suministro inagotable de rosas azucaradas para premiar a los niños. La última vez que dejó a las niñas solas en la biblioteca, le contó a Beatriz que había sido por orden de la infanta. Con razón la reina deseaba una nueva dama de compañía para su hija.

—¡Ahora me toca a mí ser Arturo! —exclamó María, señalando con el dedo la parte de la página más cercana a Catalina. Con el ceño fruncido en una mueca de concentración, se lamió el labio superior—. «Y mientras cabalgaban, Arturo dijo: “No llevo espada”» —Soltó entonces un suspiro de evidente alivio.

Catalina acercó el libro hacia sí y continuó:

—«No importa —replicó Merlín—, he aquí una espada que será vuestra».

Doña Beatriz contuvo una risa al oír cómo la infanta, cuya voz ya era grave para su edad, la hacía sonar aún más profunda.

Mientras una de las niñas adoraba aprender, no podía decirse lo mismo de la otra. Así, cuando Catalina señaló el siguiente pasaje para que María lo leyera, la incomodidad de esta resultó evidente, pues negó con la cabeza y murmuró:

—No, hacedlo vos, que leéis mejor.

La sonrisa que recibió a cambio dejó al descubierto varios huecos en la dentadura de la infanta, donde faltaban dientes de leche, confiriéndole un aire risueño y amable.

—Solo porque me esfuerzo más.

—Olvidas que a madre no le importa si puedo leer o no —murmuró María, desviando la vista hacia un bastidor con un bordado incompleto, algo más allá.

Catalina se volvió hacia ella con una expresión de determinación que recordaba mucho a la de su madre, la reina. Hacerle cambiar de opinión también resultaba casi imposible.

—Pues a mí sí me importa —replicó—. Quiero que seáis tan buena como yo en esto. Pensad que, cuando aprendemos sobre hierbas con Latina y las hermanas, podéis ir a la biblioteca de mi madre para saber más. Latina dice que saber latín es como tener una llave maestra para todo tipo de puertas. Así que os toca leer.

Doña Beatriz sonrió, complacida. Evidentemente, sus lecciones no habían sido en balde.

Resignada, María leyó con voz vacilante e insegura:

—Y así cabalgaron hasta llegar a un lago, de aguas claras y calmas; y en su centro, Arturo vio un brazo cubierto con una seda blanca que sostenía en su mano una hermosa espada...

—¡Catalina!

Beatriz casi dio un salto al oír aquella voz aguda y estridente. Al salir de la alcoba, vio a la infanta Juana corriendo por el pasillo, seguida de su dama de compañía y de dos sirvientas. A sus diez años, la menuda figura de la infanta se recortaba contra una sombra ribeteada de sol.

—¡Latina! No pensé encontraros aquí también —exclamó Juana, asomándose a la biblioteca—. Hermana, nuestra señora madre desea nuestra presencia en sus aposentos.

Catalina miró primero a su hermana y luego el libro que tenía sobre el regazo.

—Ven, hermana. Latina, venid también.

Y, dicho esto, la infanta Juana desapareció de la vista, seguida de sus sirvientas, que se recogían los dobladillos de las faldas para no quedarse atrás. Doña Beatriz sonrió, evocando con afecto a la jovencita que, esa misma mañana, había visto buscando hierbas ajenas a los jardines reales. El rumor de las telas agitadas por el paso ligero y los murmullos contenidos que se escapaban a espaldas de la infanta, le trajeron a la mente la imagen de un grupo de gansos furiosos persiguiendo a un polluelo rebelde.

Con el ceño levemente fruncido y un poso de decepción en la mirada, Catalina cerró el libro, acariciando con suavidad la cubierta de cuero repujado antes de entregárselo a María. Esta, incorporándose, lo estrechó contra su pecho, mientras la infanta se apresuraba a seguir a su hermana. Sus zapatos de seda avanzaron sobre el suelo de losas con un sonido amortiguado hasta que se apagó en un susurro distante. Ya sola en la biblioteca, María se puso de puntillas para devolver el volumen a su lugar. Doña Beatriz se apresuró hacia los aposentos de la reina junto con las demás.

El guardia parpadeó, sorprendido de verla de nuevo, justo cuando Juana llamó a la puerta y Catalina le indicó que la siguiera. Una a una,

fueron entrando en los aposentos de la reina, salvo la dama de compañía de Juana y sus sirvientas, que permanecieron en el pasillo, aguardando.

La reina seguía en el lecho, escribiendo, con el semblante preocupado, casi decaído. Preguntándose qué podría haber alterado tanto el ánimo de su señora, doña Beatriz advirtió que redactaba una carta dirigida al rey. Mientras recorría con la mirada la estancia, pensó en la carta que aún tenía pendiente para Francisco. ¿Debería escribirle sobre el príncipe Juan, que en ese momento permanecía sentado al borde de la cama, con la cabeza gacha y la melena rubio platino cubriéndole parte del rostro? El príncipe tañía su pequeña arpa, con una de las largas y delgadas piernas cruzada bajo la otra. ¿O tal vez debería escribir sobre sus hermanas: Isabel, la hija mayor de la reina, Juana, María y la pequeña Catalina? Doña Beatriz agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. Quizá su carta acabaría siendo parecida a la anterior: una en la que le hablaba a Francisco sobre el tratado aristotélico que traducía del latín al castellano, junto con más sugerencias para que se protegiera los oídos. Incluso le había citado parte de su lectura sobre Bartolomeo Inglés, el Inglés, para subrayar su seriedad. Pero también era cierto que las cartas de amor de don Francisco no seguían el patrón habitual de un amante. En muchas ocasiones estaban llenas de referencias a sus experimentos con la pólvora, incluso compartía las distintas fórmulas que había probado en su intento por encontrar una composición fiable, y el éxito, o más bien la falta de él, que había tenido al intentar debilitar las fortificaciones de los moros. A veces, hasta le pedía que acudiera a la biblioteca de la reina en busca de libros que pudieran ayudarle en su empeño por hacer estallar muros que llevaban siglos en pie. Doña Beatriz solo aceptó su propuesta de matrimonio cuando le prometió que su mutua búsqueda del saber nunca cejaría. Así que no tenía ninguna razón para dudar de él. Eran buenos amigos desde que ella comenzó a trabajar en la corte. Viudo, diez años mayor que ella, con dos hijos ya adultos y una hija casada, era un hombre que comprendía la pasión por aprender.

Doña Beatriz volvió al presente. El príncipe Juan acababa de pestañear, como si despertara de un sueño, con su rostro atractivo y gesto sensible de poeta. La infanta María, tres años mayor que Catalina, tarareaba al compás de la canción de su hermano mientras hacía girar la rueca, sentada junto a su hermana mayor, Isabel. A diferencia de sus tres hermanas y su hermano,

que amaban aprender por el mero placer del conocimiento, María no parecía compartir esa pasión. Era una niña amable, que no mostraba la naturaleza melancólica de sus hermanos más sensibles. Beatriz se preguntaba si tal vez habría nacido bajo una estrella más benigna y alegre.

La princesa Isabel tomó el libro *Historia de Roma: Primera década*, escrito por Livio, que estaba sobre la mesa a su lado, y lo abrió por una página avanzada. El dedo índice apretó suavemente el labio mientras sus ojos recorrían las páginas, pasando rápidamente de una a otra. Catalina y su pequeña compañera la observaban fascinadas. Beatriz sonrió, intuendo que su admiración se debía a que también deseaban poder leer con la misma rapidez.

De semblante serio, tal y como se esperaba de la primogénita, la princesa Isabel rara vez se entretenía con libros de romance cortés. Su madre solía bromear al respecto con ella, como también lo hacía con su segunda hija, Juana, a quienes cariñosamente llamaba «mi suegra». Sin embargo, mientras la reina usaba ese apelativo para referirse a Juana por haber heredado la audaz belleza de su abuela paterna, Isabel lo merecía por compartir la seria visión del mundo de su abuela y su dedicación al estudio y la oración. La reina solía señalar a la madre del rey como un ejemplo que sus hijas debían seguir.

La pequeña Catalina, la menor por quince años de diferencia, aspiraba a ser como su hermana mayor, Isabel. Y María, como compañera de la infanta, no tenía más remedio que seguir su ejemplo. Ambas preferían las historias de caballeros, como las leyendas del rey Arturo o el Cid, que combinaban magia, amor y el anhelo de la corte del rey Arturo. Era una suerte que la reina contara con una biblioteca bien surtida, con toda la colección de relatos artúricos, desde poemas franceses hasta su texto favorito en latín escrito por un caballero inglés. Las muchachas no cesaban de pedirle a doña Beatriz nuevas historias.

La reina apartó la mirada de la carta que tenía a medio escribir. Su rostro cansado se suavizó y se iluminó con una sonrisa de bienvenida al ver a su hija menor. Apartó el pergamino, dejó el atril a un lado y abrió los brazos con alegría:

—¡Mi chiquitina, ven aquí! Ven y abraza a tu madre.

Dejando a un lado su labor de costura, Josefa le dedicó a doña Beatriz una sonrisa mientras posaba una mano sobre el hombro de su hija, María.

La niña rodeó con los brazos el talle de su madre, hundiendo el rostro contra su pecho. Josefa agachó la cabeza para besarle la coronilla y, al alzar la vista hacia doña Beatriz, volvió a sonreír.

—Ya te dije que nos veríamos más tarde —murmuró, y sin esperar respuesta, tomó a su hija de la mano y la condujo lejos de la familia real, hasta el extremo de la estancia, donde ya estaban dispuestos, para pasar la noche, dos jergones. Como no había aposentos suficientes en aquel hermoso pero reducido alcázar para albergar a la reina y su corte, sus cuatro hijas y las sirvientas de mayor confianza dormían en lechos aparte, en una amplia recámara situada junto a las estancias privadas de la reina. Esta, por su parte, nunca dormía sola: compartía su alcoba con sus hijas, pues el rey Fernando pasaba largas temporadas lejos. Nadie podía poner en duda la virtud ni el honor de la reina, era bien sabido que dormía acompañada únicamente por sus hijas y otras damas de compañía. Había llegado el momento de que la corte partiera de Burgos rumbo a Sevilla, para reunirse con el rey.

Posando un dedo sobre sus labios para indicarle a su hija que guardara silencio, Josefa tomó asiento en una silla, agarró una esquina del tejido negro y continuó con su labor de costura. Cosía hilos dorados e incluso lazos de punto real, el estilo favorito de la reina. En un taburete cercano había una pila de camisas bien dobladas, esperando su turno para ser bordadas.

La luz de las llamas chisporroteaba y hacía relucir las prendas ribeteadas en oro y plata, decoradas con joyas, que reposaban sobre una mesa cercana. Doña Beatriz se adentró en sombras más profundas, donde ninguna vela ni mecha alcanzaban, evitando llamar la atención. Miró a la familia real. Terminada la oración de la reina, Catalina se subió al lecho de su madre para besarle la mejilla. La reina rodeó el cuerpo de su pequeña con los brazos y, riendo discretamente, le acarició el cabello.

El príncipe Juan, el hermano de doce años de Catalina, dejó caer el arpa sobre la cama. Sus ojos azules destellaban una travesura contenida antes de hacerle cosquillas en la axila. Ella rio, acurrucándose contra él. El príncipe se hallaba en el umbral entre ser un muchacho de rostro dulce y un joven atractivo, con su cabello rubio que comenzaba a oscurecerse sobre de los pómulos. Volvió a hacerle cosquillas a Catalina.

La niña se quejó entre risas:

—¡Juan, para ya!

Pero él solo se rio, apartándose el flequillo de los ojos antes de reclamar el arpa abandonada para puntear una breve melodía. El terciopelo negro del jubón realzaba el brillo dorado de su cabello, que a la luz de la vela parecía formar una aureola sobre su cabeza. Ángel, así le llamaba su madre. El príncipe Juan bien merecía ese apodo. Todos lo adoraban.

—¡Tus deseos son órdenes para mí! ¿Qué canción debería tocar, hermana?

La reina les sonrió a ambos, posando los dedos sobre el brazo de su hijo. Él le devolvió una mirada colmada de amor.

—Hijo, aún no. Quiero hablar primero con Catalina —dijo, abrazando a su hija con más fuerza para acercarla a sí—. Mi chiquitina, ¿recuerdas lo que sucedió hace dos años?

Catalina levantó la mirada, sorprendida.

—¡Madre...!

La reina suspiró, dejando ver su sonrisa y relajando la mandíbula. Una vela se apagó, sumiendo su rostro en una sombra severa. Como si hablara con lo invisible, apretó a su hija.

—Olvido que es mucho tiempo para que una niña tan pequeña como tú lo recuerde... En verdad, apenas eras una infanta cuando vinieron los ingleses y yo, teniéndote en mi regazo, te enseñé los toros —esbozó una leve sonrisa—. Aquel día llevabas tu primer vestido de terciopelo negro, rico en joyas. Al día siguiente, te prometimos con su príncipe —volvió a mirar a Catalina y le acarició el cabello. Atrapando un mechón entre los dedos, el gesto se le endureció de nuevo—. Acabo de recibir noticias de vuestro padre. Hemos prometido a otra de nuestras hijas al hijo de otro rey. ¿Mi Isabel?

La princesa alzó la mirada por encima de su libro, divertida.

—¿Madre?

—Ven y anuncia a tu hermana las noticias.

Isabel se acercó al lecho con toda la confianza y la gracia de una joven de veinte años. Se sentó al otro lado de la amplia cama en que reposaba su madre y, tomando la mano de Catalina entre las suyas, anunció:

—Voy a desposarme.

La pequeña dejó escapar un grito de emoción y se arrojó a los brazos de su hermana, tirándole de la larga cadena, de la que pendía un pesado crucifijo de oro; las risas de la princesa Isabel rompieron el silencio que se había apoderado del resto de los presentes en los aposentos de la reina. Apartándose del abrazo de su hermana, Isabel dijo:

—Ten cuidado, mi chiquitina.

—¡Desposada! Pero ¿con quién?

—¿Quieres adivinarlo? —Isabel rio, pero no esperó a que Catalina respondiera antes de confesar—: Voy a desposarme con el príncipe Alfonso de Portugal. Un día él será rey de Portugal; y yo, su reina.

La reina Isabel contempló a sus hijas, la mayor y la menor, con ojos sombríos.

—Isabel, yo había reservado ese honor para tu hermana María, dentro de algunos años. Mientras que tu padre, antes de ganarse el traicionero corazón del rey de Francia, deseaba desposarte con el príncipe francés, yo anhelaba con todas mis fuerzas hallarte un esposo de alta cuna que te permitiera quedarte con nosotros en Castilla. Eres mi primogénita, después de todo. Pero Alfonso te recuerda con nitidez desde aquella vez en que fuisteis retenidos juntos, como rehenes. Él te quiere a ti y solo a ti.

La princesa Isabel sonrió y extendió la mano hacia su madre. La reina la tomó y la sostuvo contra su mejilla.

Catalina, con los ojos muy abiertos, miró primero a su madre y luego a su hermana.

—¿Vas a dejarnos?

A Isabel se le humedecieron los ojos con lágrimas repentinas.

—Debo hacerlo, mi chiquitina.

Catalina se aferró a su hermana con fuerza.

—¡No te vayas, te lo ruego!

Por encima de su cabeza, Isabel madre e Isabel hija cruzaron la mirada. Surcos de dolor marcaron el pálido rostro de la reina, volviéndolo casi áspero. Cerró los ojos enrojecidos y se mordió los labios. En el silencio denso, doña Beatriz podía oír el latido de su propio corazón retumbándole en los oídos.

El príncipe Juan saltó del lecho con envidiable gracia y, poniéndose entre María y Juana, les apretó las manos. Los tres dirigieron la mirada hacia la cama.

Con una breve risa, Isabel abrazó con más fuerza a su hermana menor.

—Catalina, escucha bien: Portugal no está tan lejos como para que no pueda regresar a casa. En cualquier caso, sé cuál es mi deber y lo cumpliré de buen grado.

Catalina se aferró al vestido de su hermana, como si no quisiera dejarla partir. Isabel frunció el ceño y negó con la cabeza sin que un solo mechón de cabello se le moviera de su sitio.

—Cuando seas mayor, tú también cumplirás con tu deber y te desposarás con tu príncipe inglés. No le fallarás a Dios ni a tu reino entonces. Y yo no he de fallar ahora.

Con delicadeza, Isabel apartó a Catalina y le secó las lágrimas. Poniéndole un dedo bajo la barbilla, la obligó a alzar el rostro y mirarla de frente.

—Niña, llorar sin motivo no es propio de princesas castellanas. —Luego, mirando a la reina con orgullo, añadió—: Y menos aún de hijas de nuestra madre, la mejor reina que jamás haya conocido la cristiandad. ¿Y qué razón hay para derramar lágrimas? Soy feliz de desposarme con Alfonso. Aprendí a amarlo hace ya mucho tiempo y voy a él con dicha en el corazón.